

# Borges y el mundo escandinavo

**E**n una larga entrevista con María Esther Vázquez, Borges explica que llegó al mundo de lo escandinavo por el camino del anglosajón y que, pese al enorme aprecio en que tenía a la lengua y la literatura de Islandia, sólo dedicaba a ellas sábados y domingos<sup>1</sup>.

Ignoro el alcance real de esa dedicación «de tiempo libre» a los temas escandinavos, pero el mundo del Norte tiene un papel nada desdeñable, sin duda, en la obra y el pensamiento del escritor argentino. La intención de estas páginas es echar un vistazo rápido a algunas de las principales huellas dejadas por lo nórdico en la obra de Borges y comprobar, de paso, qué hay de «objetivamente auténtico» y qué de visión personal en esos elementos boreales.

Encontramos rastros de la dedicación de Jorge Luis Borges a lo escandinavo en buena parte de su obra, incluso en los lugares más insospechados; pero podemos analizarla en dos aspectos bien distintos: su preocupación erudita, de historiador o crítico, reflejada sobre todo en su libro *Literaturas Germánicas Medievales*<sup>2</sup> y su artículo «Las kenningar»<sup>3</sup>, o de traductor, como en *La alucinación de Gylfi*, de Snorri Sturlusson<sup>4</sup>. Por otro lado, lo nórdico es a la vez tema y motivo, casi incluso «lugar común» en su prosa y su poesía. Aquí me fijaré primero en esas obras críticas y divulgativas y luego en su poesía, sin desdeñar el breve comentario de algunas referencias esporádicas a cosas escandinavas salpicadas en su prosa.

Borgès parecía dudar de que alguien pudiera interesarse por esa cultura que a él le apasionaba, como ponen de manifiesto sus palabras en el prólogo a *Historia de la Eternidad*: «El improbable y acaso inexistente lector a quien le interesen *Las kenningar* puede interrogar el breviario *Antiguas literaturas germánicas*, que publiqué en Méjico en 1951». Ese desinterés parece auténtico, pues ni el artículo ni el libro sirvieron para paliar el radical desconocimiento de las antiguas literaturas nórdicas de que hacían gala los historiadores literarios españoles (y creo que latinoamericanos), signo probable de que ninguno de ellos se había preocupado por leer las páginas de Borges. De modo que considero de justicia señalar el papel pionero de Jorge Luis

<sup>1</sup> La entrevista está impresa en *Borges*: Veinticinco de agosto de 1983 y otros cuentos. Madrid, Siruela, 1983.

<sup>2</sup> Escrito en colaboración con María Esther Vázquez, y publicado inicialmente en Buenos Aires en 1966. Uso la edición de Alianza, Madrid, 1978. Se trata de una reelaboración de *Antiguas Literaturas Germánicas*, publicado por el F.C.E. de México en 1951.

<sup>3</sup> Escrito en 1933, y revisado en 1962, está incluido en *Historia de la Eternidad*. Alianza/Emecé, 1971, págs. 45-70.

<sup>4</sup> Alianza, Madrid 1984. Curiosamente, ese mismo año apareció en la misma editorial otra traducción del texto de Snorri (éste de J.L. Lerate) aunque con otro título. El año anterior se había publicado la mía propia, en Editora Nacional, también con título distinto. De manera que de no existir ninguna traducción pasó a haber tres diferentes publicadas en el lapso de poco más de doce meses. Por si sirve de consuelo, baste decir que en Italia sucedió, casi

Borges en los estudios literarios sobre la Escandinavia medieval, y muy particularmente Islandia, en los países de lengua española<sup>5</sup>. Hasta qué punto sus ideas sobre esa literatura eran ajustadas, es algo que veremos a continuación.

## I. Borges, comentador de la literatura islandesa medieval

De las literaturas germánicas medievales, la más compleja y rica es incomparablemente la escandinava. Lo que al principio se escribió en Inglaterra o en Alemania vale, porque en buena parte, prefigura, o porque imaginamos que prefigura, lo que se escribiría después; en las elegías anglosajonas presentimos el movimiento romántico y en El Cantar de los Nibelungos los dramas musicales de Wagner. En cambio, la antigua literatura nórdica vale por cuenta propia: quienes la estudian pueden prescindir de la evocación de Ibsen o de Strindberg. (*Literaturas Germánicas Medievales*, pág. 76.)

Todo el mundo podría estar de acuerdo con el principio de esta cita, pero pocos lo estarían con su segunda parte: seguramente, la escandinava es mucho más «compleja y rica» que las otras literaturas germánicas medievales, aunque habría que hacer algunas matizaciones respecto a la anglosajona. Lo que no es cierto, sin embargo, es que sólo ella «valga por cuenta propia». Borges hace una comparación un tanto falaz: Ibsen y Strindberg, efectivamente, deben poco a la literatura medieval, pero hay equivalentes a Wagner o al movimiento romántico inglés que nos permitirían «imaginar» que la literatura nórdica del medioevo «prefigura» las letras de siglos posteriores. Y podríamos tomar muchos escritores alemanes o ingleses en los que queda poca huella, si es que hay alguna, de los escritos de los inicios de su lengua. Pero la afirmación de Borges es interesante, y queda incluso reforzada en *Literaturas germánicas medievales* (pág. 99), al concluir el capítulo dedicado a las sagas islandesas:

Para la historia universal, las guerras y los libros escandinavos son como si no hubieran sido; todo queda incomunicado y sin rastro, como si acontecieran en un sueño o en esas bolas de cristal que miran los videntes. En el siglo XII, los islandeses descubren la novela, el arte de Cervantes y de Flaubert, y ese descubrimiento es tan secreto y tan estéril para el resto del mundo, como su descubrimiento de América.

Lo que dice es cierto si, como es habitualmente el caso, no conocemos las literaturas escandinavas de siglos posteriores antes de adentrarnos en la medieval: para un lector de *Beowulf* o *The Seafarer* la literatura inglesa de épocas más recientes será algo ya familiar, y lo mismo le sucederá a quien se acerque a *Los Nibelungos*. En cambio, lo habitual es comenzar la lectura de las sagas sin haber oído ni siquiera hablar de, pongamos por caso, Oehlenschlaeger o incluso Laxness. De modo que es el desconocimiento de la mayor parte de lo que «viene después» lo que da ese carácter único a lo medieval en el caso de Escandinavia, a diferencia de lo que sucede en Alemania o Inglaterra.

por las mismas fechas, un fenómeno similar con el mismo texto.

<sup>5</sup> En mi artículo «Las sagas islandesas: ensayo de síntesis». Revista de la Universidad Complutense 1/4, págs. 1-11, 1983, se incluye una breve revisión del estado del conocimiento sobre literaturas nórdicas medievales en España.

Pero ahí radica también la importancia de la opinión expresada por el escritor argentino. Porque un extranjero, desconocedor de la historia de las literaturas nórdicas, puede ver lo medieval como algo aislado, como algo que no precisa de continuación: Islandia podría haber desaparecido del mapa, su producción literaria de los siglos medievales seguiría teniendo idéntico valor. Y no hay que olvidar que Borges veía en la Islandia de hoy un reflejo de la medieval, de la germánica, de la vikinga<sup>6</sup>, como veremos al comentar un poema como «Islandia». A Borges sólo parecía interesarle la Escandinavia medieval, no la moderna, ni siquiera como continuación o reflejo de aquella. Así, aparte de sus valores intrínsecos, esa literatura tiene una significación especial: es un mundo aparte, un mundo aislado geográficamente y temporalmente; pero no del todo, pues tiene raíces comunes con otras literaturas, con otros mundos más familiares. Al mismo tiempo, y quizá por todo ello, parece algo «onírico» más que real. Ese aislamiento, esa lejanía, ese carácter un tanto misterioso, ese desaparecer en el tiempo parecen muy adecuados para los propios mundos imaginarios del escritor porteño, y quizás en ellos radique buena parte del interés borgiano por la antigua literatura escandinava.

Borges la conocía bien, de ello son testigo las obras que ahora estoy comentando, aunque no sea posible compartir todo lo que escribe. Nos fijaremos en dos aspectos, los más significativos: las sagas y la *poesía de los escaldas*<sup>7</sup>.

Las sagas islandesas son para nuestro autor las auténticas joyas de la literatura escandinava medieval, y no sólo por ese «aislamiento» que ya he comentado<sup>8</sup>. Su juicio sobre los valores literarios de estas espléndidas narraciones en prosa se pueden suscribir sin dudar:

Las sagas son biografías de hombres de Islandia, a veces de poetas (...). El estilo es breve, claro, casi oral; suele incluir, como adorno, aliteraciones. Abundan las genealogías, los litigios, las peleas. El orden es estrictamente cronológico; no hay análisis de los caracteres; los personajes se muestran en los actos y en las palabras. Este procedimiento da a las sagas un carácter dramático y prefigura la técnica del cinematógrafo. El autor no comenta lo que refiere. En las sagas, como en la realidad, hay hechos que al principio son oscuros y que luego se explican y hechos que parecen insignificantes y luego cobran importancia. (*Literaturas germánicas medievales*, pág. 87.)

Vale la pena reproducir esta larga cita porque es difícil encontrar tan acertadamente concentrada una caracterización de las sagas. Tampoco se aleja Borges de lo que sabemos hoy acerca del por qué de esas características, cuando escribe:

Los rasgos diferenciales de la saga surgieron de las circunstancias que les dieron origen. La saga fue realista porque refería, o pretendía referir, hechos reales; fue minuciosa porque la realidad también lo es; prescindió de análisis psicológicos porque el narrador no podía conocer los pensamientos de las personas sino sus actos y palabras. La saga era una crónica objetiva de hechos históricos; a ello se debe la impersonalidad de su redacción. (*Ibid.*, pág. 90.)

Creo que se puede establecer una cierta similitud con el carácter de bastantes narraciones del mismo Borges. Seguramente no surgió por influencia de las sagas, pero

<sup>6</sup> Y desde luego no ha sido el único; para orgullo y, al mismo tiempo, desesperación de los islandeses.

<sup>7</sup> Borges escribe escaldo en lugar del más habitual escalda. Como el término islandés skáld es neutro, tanto da una forma como la otra, aunque personalmente prefiero utilizar la segunda.

<sup>8</sup> En «Sobre los clásicos», ensayo incluido en *Otras Inquisiciones*, asigna a «algunas de las sagas del Norte» una inmortalidad pareja a la de *La Divina Comedia*, el *Libro de Job* o *Macbeth*.